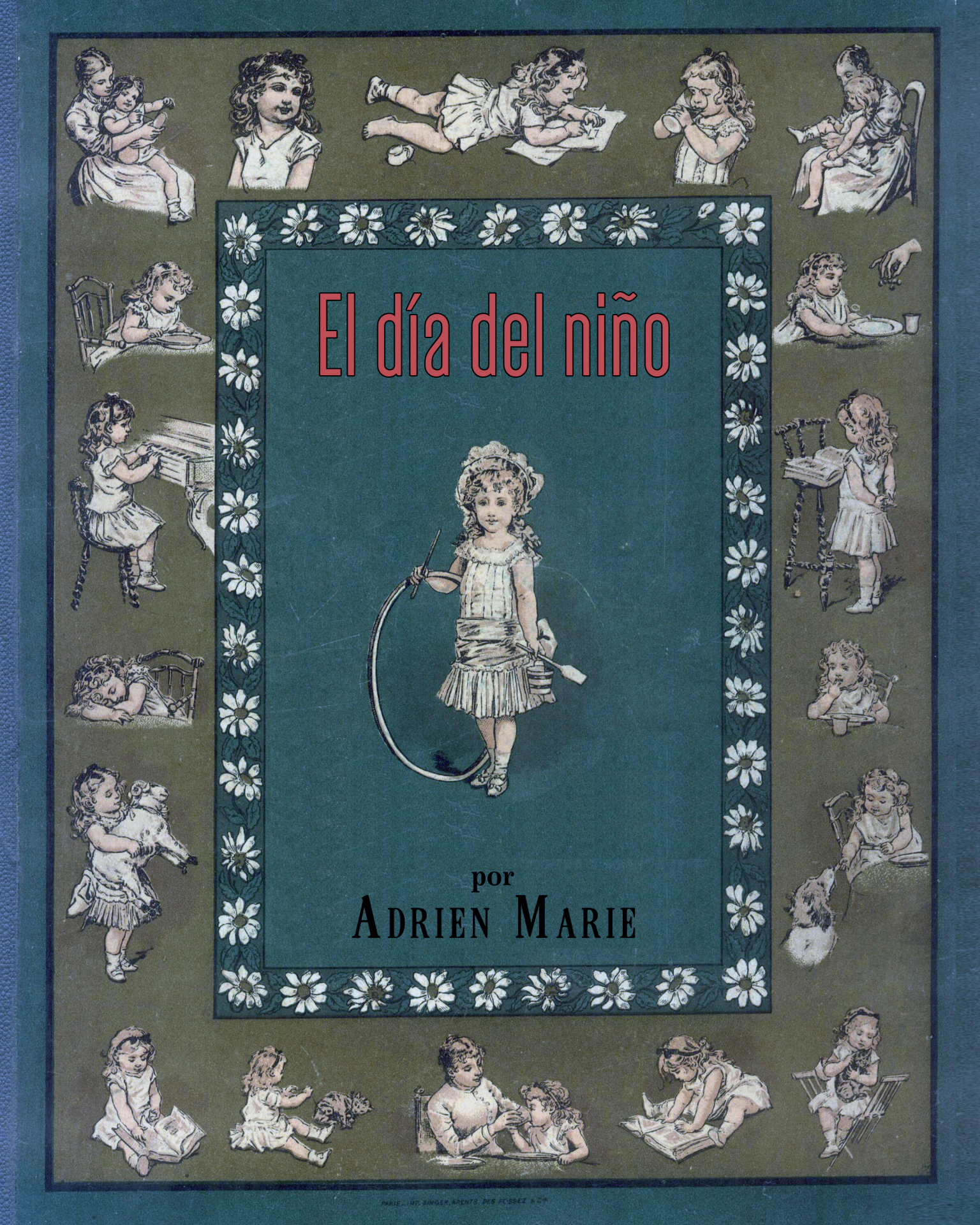


PARIS — IMP. SINGER, ARENTS, DEF FOSSEZ & Cie

Sobre la presente edición:

© Fundación Cultural Enrique Loynaz, 2021

Edición sin fines comerciales
y de libre difusión para la educación y la investigación
ISBN 978-9945-9286-1-7

Arreglos de diseño, composición y diagramación sobre la obra original:
Alejandro Herrera Moreno
Asistente de diagramación:
Alejandro Herrera Durán

Traducción y adaptación del francés:
Alejandro Herrera Moreno y Gretel Herrera Durán

Editora Fundación Cultural Enrique Loynaz
Santo Domingo, República Dominicana

Para citar este libro: Henri Demesse: *El día del niño*. Setenta y cinco ilustraciones de Adrien Marie. Traducción y adaptación del francés de Alejandro Herrera Moreno y Gretel Herrera Durán. Editora Fundación Cultural Enrique Loynaz, Santo Domingo, República Dominicana, 2021, 72 pp.

EL DÍA DEL NIÑO

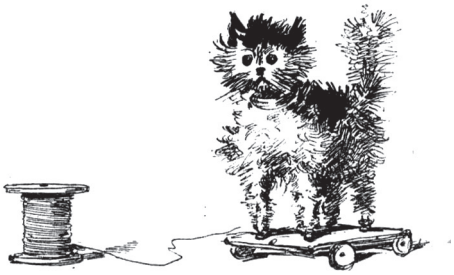
Prólogo a la edición castellana de *Une journée d´enfant*

La Fundación Cultural Enrique Loynaz pone en manos del público, bajo el título *El día del niño,* la primera versión en español de *Une journée d´enfant*, la novela francesa para niños del escritor Henri Demesse, con dibujos del ilustrador Adrien Marie, publicada en 1889 por la Librairie Artistique de París. El vínculo gráfico y en cierta medida temático de esta obra con los cuentos de José Martí en *La Edad de Oro* motiva este proyecto, cuyo objetivo fundamental es acercar el texto y las imágenes de la obra francesa original al público de habla hispana, especialmente a quienes investigan y estudian la revista martiana a la niñez y la juventud de Hispanoamérica.

Dos grandes retos tuvo este proyecto: la traducción y la edición gráfica. En el primer caso, partimos de la experiencia con nuestros proyectos de *La Edad de Oro* sobre "Meñique" e "Historia de la cuchara y el tenedor", donde tuvimos que traducir los originales en francés que sirvieron de base a los textos martianos: "Poucinet" de Eduardo Laboulaye y "L'orfèvrerie" de Víctor Champier, respectivamente. Para esta edición hemos realizado un trabajo de interpretación y traducción lo más apegado a la semántica del texto, sin ser traductores profesionales. En el aspecto gráfico se ha respetado la maquetación de 1889 de forma tal que la versión que hemos realizado se ha guiado por criterios de máxima fidelidad con el formato original para ofrecer al lector el estilo y el encanto visual de la edición príncipe.

Quienes se acerquen a *El día del niño* en busca de lectura y entretenimiento encontrarán una simpática novela costumbrista de finales del siglo XIX, ricamente ilustrada, que cuenta todo lo que acontece en la vida de una niña de cuatro años llamada Marguerite, desde que se despierta en la mañana hasta que cae rendida en la tarde después de un agitado día de juegos, paseos y travesuras. Quienes se acerquen con la mirada escudriñadora del investigador buscando su relación con *La Edad de Oro* no tardarán en descubrir nombres, detalles físicos, juguetes, ropas, objetos, localidades, particularidades del contexto familiar o actividades de la cotidianidad de la pequeña Marguerite que no dejarán de emocionarlos al trasladarlos a la vida de los personajes de los cuentos infantiles martianos. Si este libro logra entretener, enseñar, entusiasmar, sorprender y tal vez hasta motivar nuevos caminos dentro de la investigación martiana el inmenso esfuerzo detrás de este proyecto habrá valido la pena.

El equipo de la Fundación Cultural Enrique Loynaz.



OTROS TÍTULOS DE ESTA EDITORIAL

En conmemoración al 130 aniversario de la muerte del ilustrador francés Adrien Marie la Editora de la Fundación Cultural Enrique Loynaz está publicando, en paralelo con la presente edición de *El día del niño,* un nuevo libro titulado: *Une journée d´enfant de Henri Demesse en La Edad de Oro de José Martí* o cómo mademoiselle Marguerite se convirtió en Bebé, Nené, Pilar y Piedad; el original en francés de *Une journée d´enfant y* una reedición corregida y aumentada de *Las ilustraciones de La Edad de Oro de José Martí.* Todos estos títulos están disponibles *en línea* en nuestro portal web: https://www.laedaddeorodejosemarti.com

HENRI DEMESSE

EL DÍA DEL NIÑO

SETENTA Y CINCO ILUSTRACIONES

POR

ADRIEN MARIE

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

EDITORA FUNDACIÓN CULTURAL ENRIQUE LOYNAZ
AVENIDA SARASOTA 121, BELLA VISTA
DISTRITO NACIONAL, SANTO DOMINGO
2021

El Despertar — Buenos Días, Mamá — A Levantarse

— ¿Está dormida?

— Sí, ¡cállate...!

A través de los pliegues de la cortina que decora la pequeña habitación penetra un alegre rayo de sol.

El padre y la madre de la señorita Margarita entran dando pasitos, con mucho cuidado, para no despertar a su adorada hija.

Están allí, los dos, a ambos lados de la graciosa cuna adornada con cortinas blancas llenas de encajes. Casi no respiran, sonríen nerviosos y hablan en voz baja:

— ¡Está linda, verdad!

— ¡Y qué tranquila se ve dormidita! ¡Es una niña encantadora!

Papá quiere besar a su hija, pero mamá se lo impide.

— ¡La vas a despertar!

La señorita Margarita, toda rosa y blanca, es una niña hermosa y rolliza.

Su piel es suave y en los codos, las rodillas y alrededor del cuello se le marcan unos hoyuelos adorables que mamá los llama"nidos de besos".

Tiene un hermoso cabello rubio dorado que se enrosca graciosamente en su frente y baja por su nuca con reflejos de ámbar.

Contemplarla, en el dulce abandono del sueño, es un regalo para la vista.

Uno de sus bracitos desnudos descansa debajo de su cabeza y ahueca la almohada, cuya funda, del lino más fino, lleva bordada una gran M.

La niña abraza contra su pecho una pequeña muñeca, su juguete favorito, y sobre su manta se ve una oveja, acostada sobre la espalda, con las cuatro patas en el aire.

Papá estaba esperanzado de poder abrazar a su hija antes de irse para el taller, pero el trabajo lo reclama. Debe pasar por su estudio; es pintor y está preparando varias obras que debe terminar.

El ama su arte con pasión y además necesita ganar dinero para que su hija esté feliz, para que tenga hermosos juguetes y bellos vestidos.

— ¡Me voy! — dijo con un suspiro.

— ¡Está bien!... — dijo mamá — dale un beso; pero despacito... ¡muy despacito! —

Papá, satisfecho, sale de la habitación.

Mamá lo acompaña hasta el taller, una amplia pieza situada en la segunda planta de la pequeña residencia en que viven, pero volverá pronto para estar allí cuando su hija querida despierte.

Guarda tan maravillosos recuerdos de esos despertares que por nada del mundo se perdería la alegría de vivirlos cada día.

La habitación de la señorita Margarita está hermosamente decorada en tela persa, con un fondo crema, salpicado de flores azules; una ventana que da al pequeño jardín que se extiende detrás de la casa, la ilumina.

En el jardín crecen grandes árboles, donde multitud de aves se mueven alegremente entre las ramas. Cantan para celebrar la salida del sol cuyos rayos de oro ya penetran por una rendija de la ventana e iluminan la cara de la pequeña durmiente.

De repente se mueve y abre los ojos. ¡Oh! Unos hermosos ojos, azules como el cielo de este día radiante que marca el fin del mes de mayo.

La señorita Margarita se levanta sobre su codo, arroja sus mantas, se sienta, pasa una de sus piernas a través de las barras de la cuna y se frota los ojos para despertarse por completo.

— ¡Buenos días, Fanchon !

Fanchon es la muñeca que pasó la noche en sus brazos, "su hija".

— ¡Dale un abrazo a mamita, mi Fanchoonnette!

Entonces toma a la muñeca con sus manitas y la besa en la boca.

Luego la acuesta en la cama y se acuesta ella, mordisqueando distraídamente un pequeño pedazo de pastel que andaba perdido entre las sábanas y que comparte de todo corazón con su oveja Frisé, que también tuvo su abrazo.

— ¡Beee! ¡Beee! ¡Beee! ¡Sonríe Frisé!

Pero la señorita Margarita, siempre inquieta, no mas oye un leve susurro y a toda velocidad se da vuelta en su cama.

— ¡Hola mi niña!

La señorita Margarita sonríe y tira a Frisé, que cae sobre la alfombra...

¡Es mamá, es mamita!

Sí, es ella, con una bata, su cabello suelto, toda elegante, muy linda, como una frágil estatuilla en porcelana de Sajonia.

¡Es mamá que corre hacia la cuna, loca de alegría y carga a la señorita Margarita que pone sus dos bracitos, como un collar vivo, alrededor de su cuello; ella la besa y la besa, una y otra vez; y la colma de suaves caricias!

— ¡Buenos días mamá!

— ¡Hola, mi querida hija!... ¡Hola, hija mía! ... ¡Hola!

¡Y qué abrazo tan dulce!

La madre está emocionada, radiante; con sus ojos medio cerrados se estremece bajo las caricias de su cariñosa hija y sonríe. ¡Un instante que basta para que se sienta colmada de felicidad durante el resto del día!

¡BUENOS DÍAS, MAMÁ!

¡Ah! Mis niños, amen mucho a sus madres... ¡esa tierna criatura que solo vive para ustedes! Y es en ese momento de tanto amor que mamá, que no es egoísta, piensa en papá que está arriba trabajando:

— ¡Pobre papá, ojalá pudiera estar aquí! — dice.

Y de repente, interrumpiendo la escena, entra Josefina, la corpulenta borgoñesa que se encarga del cuidado de la señorita Margarita, quien abre de par en par la ventana.

El sol y el aire fragante de la mañana inundan la habitación.

Entonces se escuchan claramente las frenéticas acrobacias de los cantantes alados, cuyos trinos bordan una frase perlada sobre el fondo grave que produce, en el silencio, el lejano y formidable rumor del París que trabaja...

El Aseo de la Mañana

— ¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

— ¡Ya son las nueve! — dijo mamá, me voy a bañar. — ¡Hasta luego, hija mía!

Josefina, que había estado fuera por un minuto, reaparece con una jarra con agua caliente. La señorita Margarita mira con recelo los terribles preparativos que se están haciendo a unos pasos de ella.

Mamá que la conoce muy bien sabe la razón de estas miraditas de reojo:

— ¿Tu vas a estar bien, verdad, mi querida hija? ¿No llorarás cuando Josefina te haga el aseo de la mañana? ¡Es tan mala esa lloradera; te hace tan fea!

La niña hace un puchero.

Sabe que se acerca el momento que tanto le disgusta, porque ella al igual

que Mimi su amiga la gata, a quien pronto veremos, no le gusta mucho el agua.

Mamá la da un beso y sale caminando de espaldas para seguir tirándole más besos mientras se aleja.

A mamá le da mucha pena cuando su hija llora y prefiere no presenciar la espantosa escena que se está gestando.

Y es que en efecto, algo terrible está por comenzar, —no pueden ni imaginarlo,— la hora del aseo.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! — ¡Josefina muestra su mejor sonrisa para la ocasión! Pero la señorita Margarita conoce muy bien que esa sonrisa es el preludio de la sesión de limpieza que tanto le desagrada, y empieza a rechinar los dientes:

— ¿Vamos, cariño?

— ¿Vamos, mi querubín? Ven, mi pequeña gorrioncita, mi jilguera bonita. ¡Pórtate bien, mi pequeñita! Lo voy a hacer muy despacito, ¡te lo prometo!

Y sentando a la niña en sus rodillas sumerge con mano segura la esponja en el agua tibia de la enorme palangana que tiene a su lado, donde la señorita Margarita trata de meter sus manitos hasta los codos para chapotear a su gusto.

— ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! ¡No quiero! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! Déjame, mala…mala….Fina mala… odiosa.

— ¡Tranquila! ¡Tranquila! ¡Ya estoy terminando! ¡Oh! ¡Pero que limpiecita está quedando esta niña!

Miren a la niña grande, qué bien se porta, ni protesta. ¡Muy bien! ¡Se acabó mi pequeña! ¡Ya se acabó mi gatita...! ¡Se acabó!

Pero la señorita Margarita está furiosa.

Hace una mueca feísima.

Sus pequeñas piernas se agitan desesperadamente y grandes lágrimas corren por sus mejillas.

— ¡Se acabó! Déjame terminar de limpiarte.

— ¡Odiosa! ¡Me haces daño! ¡Se lo voy a decir a mi papá! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

La niña está realmente cansada del juego de la limpieza y seriamente enojada aparta la mano de Josefina.

— ¡Se lo voy a decir a mi papá y ya verás lo que te va a pasar!

Oh! ¡Qué corazón tan grande tiene la preciosa Margarita!

¡Se acabó!

El resto del aseo, que consiste en un ejercicio de gimnasia variada durante el cual Josefina hace que la niña tome las poses más plásticas y adorables, se realiza sin problemas.

La niña todavía sigue haciendo muecas; pero la criada la toma suavemente en sus robustos brazos y la levanta sobre una silla.

— ¡Oh! ¡La niña grande!

La adulación inteligente es apreciada por todos, jóvenes y viejos, y siempre produce su efecto.

La señorita Margarita está muy orgullosa de parecer tan alta y mientras juega con uno de sus zapatos, poco a poco olvida los instrumentos de tortura: tazón, esponja, toallas, jabón..., que constituyen un tormento conocido desde la antigüedad, bajo este término: ¡la cuestión del agua!

Josefina se arrodilla frente a la "niña grande" y le ata el corsé.

¡Ya está listo!

Ahora la señorita Margarita está completamente despierta, y más gruñona, después que la tarea más pesada del día está cumplida.

Se ve encantadora en su bonita bata, todavía medio desnuda, con su hermoso cabello dorado esparcido cómicamente, su carita fresca que la toallita ha dejado ligeramente teñida de rosa; con sus grandes ojos interesados, porque vio dos gorriones aterrizar en la barra de soporte del balcón donde se enredan las plantas trepadoras...

¡Tui! ¡Tui! ¡Tui!

Descalza, la señorita Margarita camina hacia la ventana, sigilosamente...

¡Tui! ¡Tui! ¡Tui!

Se acerca... ¡aún más...!

¡Extiende su mano...!

¡Sus ojos brillan...!

¡Está bastante agitada! ¡Pft!

¡Los dos gorriones ya están encaramados en un árbol lejano!

¡La señorita Margarita los mira decepcionada, con la manito aún extendida!...

— ¡Tenías que poner un grano de sal en su cola! —dijo Josefina, riendo.

Y nuevamente, pone a la niña de rodillas para ponerle las mediecitas en sus adorables y pequeños pies rosados.

— ¿Un grano de sal en la cola? ¿Y eso para qué?

— Así es como agarramos a los pájaros en mi pueblo.

— ¿Está lejos tu pueblo?

— ¡Si!

Sus dos piececitos están calzados y ¡vaya que se ven grandes los zapatos de la señorita Margarita!

— Quiero atarme los cordones, Fina, ¿me dejas?

— ¡Te harás nudos!

— ¡No!

La pequeña tira con toda su fuerza de los cordones de sus zapatos, tratando de abrocharlos; pero por más que se empeña en la tarea ¡es en vano!

Finalmente, Josefina la ayuda y quedan listos.

Mientras la criada está buscando el vestido de la señorita Margarita, ella agarra a Frise que estaba en el suelo y cuando la llevan al pequeño vestidor, comienza una nueva conversación.

— ¿Fina hay ovejas en tu pueblo?

— ¡Claro!

— "¿Y ellas comen qué cosa?"

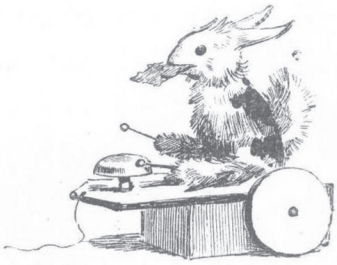
— ¡Hierba!

Esta revelación pone a pensar a la señorita Margarita.

Entretanto, Josefina va a la despensa a buscar el almuerzo de la niña. Al quedarse sola, se sienta en la alfombra, se pone seria y con una mano en el zapato busca la combinación mediante la cual Fina pudo hacer el lazo de los cordones. Entonces tira de uno,... y el lazo se desliza. — ¡Ahora sí! ¡El cordón está atado!

Y como en eso reaparece la criada:

— ¡Mira! dijo triunfante la señorita Margarita, ¡yo también se hacer un lazo!



El Desayuno — El Gato Amigo

— ¡Señoritica el desayuno está listo! dijo Josefina.

La silla alta, en bambú barnizado, que utiliza la señorita Margarita cuando se sienta en la gran mesa del comedor, entre mamá y papá, se divide en dos mediante una ingeniosa combinación para formar un asiento y una mesita.

La buena de Josefina coloca en la mesita una bonita taza adornada con pinturas casi infantiles que representan un magnífico gallo firmemente plantado en sus patas y arqueándose para cantar su sonoro kikirikí.

— ¡Ki, ki, ki, kikirikí! — dice la niña, a quien la vista de este gallo siempre la hace feliz.

— ¡Ki, ki, ki, kikirikó! ¡Ki, ki, ki, kikirikó! —responde Josefina, quien juega con la señorita Margarita como un bebé de tres años.

— ¡Ki, ki, ki, kikirikí!

Este concierto de corral, por cierto un dúo ensordecedor, llega a su fin cuando el chocolate humeante y fragante extiende su aroma por la habitación, algo irresistible para la niña.

— ¡A la mesa!

Josefina coloca una servilleta alrededor del cuello de la señorita Margarita, que ya ha agarrado su pan suave de corteza dorada, que la cocinera ha untado con mantequilla.

— Espera hasta que haga un nudo a la servilleta.

— ¡Ah!... ¡ves tú también estás haciendo nudos! —dijo pícaramente.

Toma asiento.

Como no se está quieta ya sus medias caen en tirabuzón sobre sus zapatos, ¡pero eso no importa! El desayuno comienza.

La pequeña tiene mucha hambre.

¡Cataplum! ¿Qué es eso?

— ¡Jau! ¡Jau! ¡Jau!

Es su amigo Turco, el perro de la casa, un hermoso cachorro blanco y negro, con el pelo rizado, de ojos vivos e inteligentes. La señorita Margarita sabe muy bien lo que Turco quiere: ¡chocolate, por supuesto!

— ¡Oh! ¡Este perro malo interesado!

Pero ella hace como que no lo ve, y pone la cara como si estuviera preocupada por asuntos muy serios. Turco, sentado detrás de ella, muy cerca, la mira como si quisiera sacarle la tostada de la boca. De vez en cuando ladra bajito para llamar su atención; mueve la cola, se menea, golpea la alfombra. ¡Vanos esfuerzos!

EL DESAYUNO

La señorita Margarita no se inmuta. Parece estar cada vez más ensimismada en sus pensamientos.

De repente, se da media vuelta y canta:

Está muy bueno, bueno, mi chocolate,
No tendrás uno, Nicolás.
¡Y sanseacabó!

—Turco, te portas mal… no tendrás chocolate… ¡será para Bob!

Bob es un caniche de cartón montado en una tabla con ruedas.

La señorita Margarita va a buscarlo y le mete la cabeza en su taza.

Ahora Turco está realmente molesto, se levanta y sale de la habitación con dignidad, lo que inicialmente desconcierta un poco a la niña; pero pronto olvida el incidente.

— Bob, ven a pasear a Luxemburgo con tu pequeña dueña. Hace muy buen tiempo, iremos a ver el Guiñol, haremos pasteles de arena, ¡vamos, mi perrito bueno!

La niña toma la cuerda atada a la tabla de Bob y camina como una dama, arrastrando al caniche.

De repente se detiene muy seria, recordó que un día los guardias del jardín de Luxemburgo persiguieron a Turco que había seguido a mamá cuando salió a caminar.

— Bob, los perros no entran en los jardines de Luxemburgo, así que me esperarás en la puerta...

— ¡Miau! ¡Miau!

¡Bob queda abandonado, a un lado, a medio camino de Luxemburgo!...

¡Minet está allí; Minet está viva, es mucho más divertida!

— ¡Hola, Minet!

Pero Minet no parece estar para juegos en este momento; así que salta de su asiento a otro donde la niña la persigue y finalmente la toma en sus brazos y se sienta en su lugar.

— ¡Ven Minet que nos vamos a divertir!... ¡Ven coge la pelota gatica, ven...!

La gata salta sobre la pelota, y entonces todo es risas y griterío, con los brincos, piruetas y saltos mortales de Minet que en su arrebato se engancha del vestido de la señorita Margarita, que se levanta sin saber qué hacer, corre de nuevo, se cae hacia atrás, se enoja, llora, rezonga a la vez que se ríe y produce un alboroto infernal, — un juego que a la niña le encanta y que papá le llama "¡hacer las cuatrocientas diecinueve maromas!"

El Baño — En la Bañera — A descansar

En medio de tanta algarabía llega mamá; que ahora ya está arreglada y luce preciosa.

¡Oh! ¡La linda mamá!

La señorita Margarita sabe lo que significa la llegada de su madre: es la hora del baño.

Para este momento, no es necesario que nadie se preocupe por la niña: salpicar es su felicidad.

Así que entra con Fina en el baño donde la pequeña bañera ya está lista.

En un abrir y cerrar de ojos la desvisten, le recogen los cabellos sobre la cabeza en un moño sedoso, del cual está muy orgullosa, y se queda desnuda como esos bonitos angelitos regordetes que el pintor Watteau ponía sobre sus lienzos…

La niña mete con cuidado una pierna en la bañera... el agua no está demasiado caliente; ¡todo va bien...! Se acomoda entonces y comienza el chapoteo.

Frente a ella flota su pequeña muñeca; hay dos cubos y la tortuga nadadora.

Le muestra a su madre un nuevo juguete flotante y pregunta:

— Mamá, ¿esto es un pato?

— No.

— ¿Entonces es un ganso?

— ¡No, es un cisne!

— ¿Los cisnes son tan tontos como los gansos?

— ¿Quién te dijo que los gansos son tontos?

— ¡Papá lo dijo el otro día, hablando de Fina, que ella era tan tonta como un ganso!

— ¡Cóooomo! — interrumpe Josefina, muy molesta.

Mamá se echa a reír y sin querer se le cae uno de los zapatos de la señorita Margarita en la bañera: ¡Floc!...

El agua salpica por todos lados; la niña se salpica... grita; pero, al ver su zapato flotando, empieza a reírse como loca.

— ¡Un bote, mamá! ¡Ven a verlo!

La criada sigue el ejemplo de la niña y la señora y también se ríe, mientras la señorita Margarita pregunta con la mayor seriedad, mirando a Fina por el rabillo del ojo:

LA HORA DEL BAÑO

— Mamá, ¿se están riendo los gansos?

La madre no puede aguantar la risa mientras que la criada hace una mueca.

¡Bueno! Se acabó el baño.

Fina saca a la señorita Margarita de la bañera chorreando agua.

La secan con una toalla caliente, y mamá contempla extasiada el lindo cuerpo de su hija, que está ahora todo rosado como flores de durazno en mayo.

Y los besos comienzan de nuevo y la risa, porque mamá le hace cosquillas a su pequeña.

Entonces, los párpados de la pequeña se vuelven pesados.

Era un rey de Thule
Quien fiel hasta la tumba,
Tenía, en memoria de su hermosa,
Una copa de oro cincelada.
Ningún tesoro tenía más encantos;
En los grandes días la usaba,
Y cada vez que allí bebía,
Sus ojos se llenaban de lágrimas.

Mamá canta con voz dulce la encantadora canción y acuna a la niña que ya está embelesada en sus rodillas.

Josefina, en silencio, baja las persianas y cierra la ventana.

La señorita Margarita se durmió en una bonita pose, un brazo sobre su pecho y el otro apoyado en la mano de su madre.

Con su hija dormida en las rodillas, mamá se parece a "La virgen en la silla".

Papá, que llega en este mismo momento, se detiene encantado ante el adorable espectáculo que le brindan sus dos seres queridos y recordando los versos de Alfredo de Musset sobre una de las grandes obras maestras del gran pintor Rafael Sanzio murmura:

Y para que la nada no lo toque,
Es suficiente un niño dormido sobre su madre.

A DESCANSAR

La Lectura — El Dibujo — El Piano

Son las dos en punto.

Afuera el calor es insoportable.

Habrá que esperar al menos una hora para poder salir.

Mientras tanto la señorita Margarita se ha despertado de su siesta y se hace dueña del salón de estar. En su habitación, mamá se viste para el paseo.

Josefina está planchando las cintas de su gorro.

La señorita va a abusar de su libertad.

Mírenla bien, mis queridos niños, y no la imiten.

— ¡Oh! ¡ahí está ese libro tan lindo!... ¡Ese libro lleno de figuras! Ese libro valioso que alegra tanto a papá.

Los artistas más grandes de nuestro tiempo lo ilustraron con dibujos espléndidos.

Para empezar, la niña lo coloca sobre una silla, lo abre con mucho cuidado y muy seria, mira las imágenes, con las manos detrás de su espalda.

Ya es culpable de desobediencia, porque se le advirtió que no lo tocara; ¡pero esto todavía no es nada! Pronto se da cuenta que sentada en la alfombra estaría mucho mejor para hojear el libro.

De pronto, siente un ruido en la pieza vecina.

Preocupada, porque teme ser sorprendida, se queda muy tranquila. ¡El ruido cesa! ¡Falsa alarma!

Entonces regresa al libro.

¡La alegría que le da tenerlo, hojearlo y mirar los dibujos, es más grande por tratarse de un fruto prohibido!

Mientras nadie venga a molestarla.

Todos los juguetes están abandonados, regados por aquí y por allá; juguetes de niña chiquita, gran cosa; ¿no tiene a su disposición este volumen espléndido? Es mucho más divertido.

¡Oh! ella no lo va a estropear; ella se le promete... Nos equivocamos al advertirle que no lo tocara.

¿Por qué tantas advertencias?

¿Es que ella no es una niña grande… grande?

¡Esas advertencias no son para ella, son para los niños chiquitos, chirriquiticos!

Sí, sí, ella hojeará el libro; lo disfrutará como papá y demostrará a los que dudan de ella, que están equivocados...

¡No faltaba más!

Vean con que cuidado pasa cada hoja.

Ella no se moja el pulgar ¡muy bien! Toma delicadamente la esquina de la página y con la palma de su manita roza las viñetas sin texto.

¡Nadie se dará cuenta que tocó el libro… nadie!

¡Ella se sienta!

Por un minuto más sigue pasando las páginas con cuidadoso respeto.

De repente, una imagen roba toda su atención y sus manos caen descuidadamente sobre el preciado libro que termina arrugándose.

¡Eso ya está muy mal, pero esperen!

¡Qué pena! ¿A dónde se fueron sus promesas de hace un rato?

¡Ahora, está muy impaciente y pasa las páginas frenéticamente, y sigue!.. ¡Y sigue! ¡Luego, moja su pulgar y las hojas pasan rápidamente! ¡Rápidamente!. ¡Más rápidamente todavía! ¡Zing!... ¡Una página se rompe y otra y otra más!

¡Es un desastre! El hermoso libro, está ahora sucio, arrugado, desgarrado, destrozado, hecho jirones. ¡Entonces se da cuenta de su falta!

¡Está asustada! ¿Qué hacer?

Piensa por un minuto, cierra el libro y lo vuelve a poner en su lugar.

¿No es verdad, mis niños, que eso está muy mal y la señorita Margarita merece un castigo?

¡Solo que ella conoce su poder; se pondrá muy cariñosa y pedirá perdón de una manera tan amable qué sus padres, demasiado débiles por cierto, la perdonarán!

¿Quién diablos podría castigar a una niña tan dulce?

¡Eh! ¿Y ahora qué pasa?

La señorita Margarita mira con mucha atención una de las viñetas arrancadas del libro; ella está buscando algo... ¿Qué será?

Un pedazo de papel y un lápiz...

¿Qué irá a hacer?

¡Escuchen, no es que tenga sangre de artista en sus venas!

Seria, muy atenta, con los dos labios hacia adelante, y la pequeña punta rosada de la lengua fuera de su boca, se sienta sobre una hoja que sacó del casillero de música y se esfuerza por copiar la viñeta.

No le está saliendo bien así que cambia de lugar, y como su postura aún es incómoda, le resulta más fácil dibujar... ¡acostada!

Y tendida a todo lo largo, con un zapato fuera del pie de tan agitada que estaba, se esfuerza en su trabajo; pero no está satisfecha con el resultado.

Entonces renuncia a copiar... ¡eso es un trabajo estéril para un artista! Ella quiere producir una obra original... ¡Ah! ¡Pero...!

Finalmente, dibuja un hombre redondo como un barril montado sobre dos baquetas de tambor que le sirven de piernas. Tiene solo un ojo en el medio de la frente, como un cíclope, y fuma una pipa, cuyo humo se eleva hacia el cielo como una viruta de madera.

Cuando termina el trabajo no lo firma..., en primer lugar, ¡porque no sabe escribir! — razón de fuerza — y luego porque, hija de un pintor, sabe muy bien que los maestros ponen un sello en sus obras que les exime de

firmar... ¡Listo!

Mira al hombrecito que ha pintado y retrocede como haría el mismísimo Miguel Ángel pintando un fresco, y llena de orgullo, ¡sonríe feliz!

— Le diré a papá que lo envíe al Salón de Pintura.

Pero ya comienza a aburrirse porque ha estado sola demasiado tiempo.

— «¿Qué estará haciendo mamá?»

Sin nada que hacer la señorita Margarita va y viene, mira por la ventana, se dice a sí misma que es un lindo día y que le gustaría salir.

¡Debe ser encantador afuera!

Mientras tanto, bosteza.

¡Aquí! ¡El piano está abierto!

— ¡Y bien! ¡Como ya me dejan, voy a tocar el piano!

Tengan en cuenta que tenía prohibido tocar el piano. ¿Pero y qué? ¡Ella está sola; y debe divertirse!

— ¡Espero que nadie venga!

Afina la oreja para ver si viene alguien pero no oye nada: ¡es su momento!

Se sienta frente al instrumento.

— ¡Sol, mi, do, fa! ¡Zim, bum, bum! ¡Mi, sol, re, si, la, do! ¡Zim, bum, bum! ¡Pam! Pif! Paf! ¡Puff! ¡Zim, bum, bum!

La niña se detiene y sonríe.

— ¡Es“mulindo”! — dice.

Y comienza de nuevo:

— Sol, mi, do, fa! Zim, boom, boom!

No hace suficiente ruido. ¡Pan!

¡Con todas sus fuerzas!

Se detiene y sonríe de nuevo; está realmente encantada.

En el momento justo, encontró el entretenimiento que buscaba.

Ciertamente, ella ya ha tenido pianos, pequeños pianos que demolió para ver qué había dentro.

¡Esos pianos no“vibraban”!

Por el contrario, el piano de mamá canta, truena, chilla.

— ¡Fa, re, si, mi, do, sol!

¡La señorita Margarita ya está extrañada de que la hayan dejado sola tanto tiempo!

Le parece muy raro que nadie interrumpa su juego.

— ¡Do, do, mi, re, fa, sol!

Decididamente, esto es muy divertido, sobre todo cuando hace «¡bum, bum, bum!»

Y da con los codos en el teclado.

— Es “mulindo”¡Pif! ¡Paf! ¡Boom! ¡Pam!

¡Es una cabalgata terrible! ...

— ¡Adelante, marchen!

¡Escuadrones de hierro chocan, espantoso combate!...

¡El cañón ruge; la metralla estalla!

— ¡Pif, paf, puf! ¡Bum, bum, bum!

Imita muy bien una batalla.

Esto es de verdad "mu... mulindo".

¡Y los tambores! ¡Bum!

¡Y el bombo, patarabum, ¡bum!

¡Y la corneta...!

— ¡Adelante, soldados! ¡Con la bayoneta! ¡Marchen! ¡Viva Francia!

La señorita Margarita está en plena acción; se entusiasma, se sube a la silla, patea y golpea el piano... ¡Cataplum...!

Ha perdido el equilibrio: ¡la silla se ha caído!...

El "general en jefe" rueda de su "caballo" y se hace un enorme chichón en la frente:

— ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Todos corren.

— ¿Qué le pasó? ¡Oh! ¡Pobrecita! ¿Te lastimaste?

— ¡Si! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!— dice bajito mientras solloza.

Josefina levanta al "valiente y demasiado orgulloso guerrero" que tiene debajo un "caballo muerto".

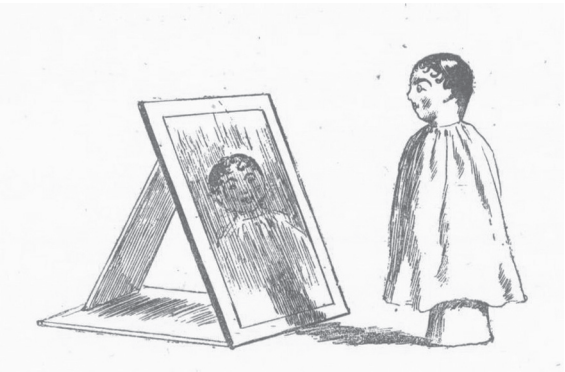
Limpia sus lágrimas y trata de consolarla:

— ¡No pasa nada! ¡Vamos! ¡No pasa nada! ¡No llores, cariño!

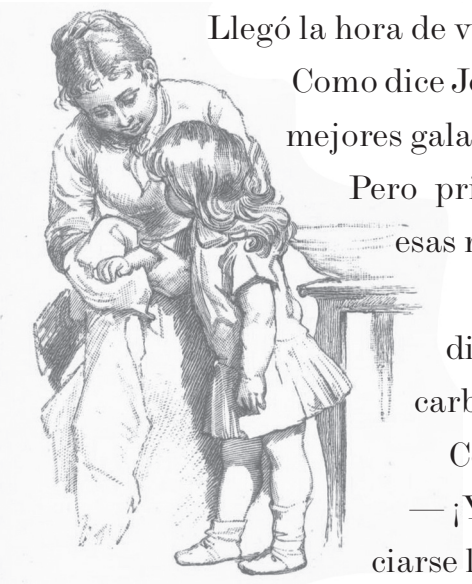
¿Quién quiere ir a pasear? ¿Quién quiere ir al Guiñol a Luxemburgo?

— ¡Yo, yo, yo! ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí! Me duele la frente ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí!

— ¡Ven conmigo! Te voy a poner bonita y saldremos a pasear. ¡Ven!



Segundo Aseo — Preparativos de Salida



Llegó la hora de vestirse para salir a pasear.

Como dice Josefina es el momento de sacar a la luz las mejores galas.

Pero primero, necesitamos lavar urgentemente esas manitos.

— ¡Oh! ¡Qué manos más sucias! ¿Dónde diablos las pusiste? ¡Mira eso pareces una carbonera!

Con aire pretencioso la niña la corrige:

— ¡Y tú crees que se ganan batallas sin ensuciarse las manos!

Muy bien, pero ahora a la limpieza.

— ¿Y tú has visto alguna batalla Fina?

— ¡Si!

— ¿Dónde?

—En fotos.

Josefina peina a la señorita Margarita, quien por casualidad ha encontrado a Fanchon que estaba perdida debajo de una silla.

— ¡No te muevas, tengo que atar el nudo de tu cinta!

Entretanto, la niña toma el peine de su madre, un hermoso peine de carey, lo pasa por los cabellos de gruesas hebras de Fanchon y le rompe un diente.

Al darse cuenta de que ha hecho algo más malo que el destrozo del libro en el salón, asustada se encamina directo hacia donde está Fina.

— Escucha, mi papá me dijo que siempre tienes que decirlo...

— ¿Qué es lo que tienes que decir…?

— Cuando hemos hecho algo malo.

— ¿Y bien?

— ¡Mira!

— ¡El peine de la señora se rompió! ¿Qué dirá ella?

Pero la señorita Margarita, que confía en la palabra de su papá, responde con confianza:

— Mamá no me regañará porque yo dije la verdad...

— No, hija mía, no, no te voy a regañar... — dijo mamá, que entraba en

PREPARADA PARA EL PASEO

ese momento en la habitación y había escuchado todo. Siempre sé franca, mi hermosa pequeña; di la verdad pase lo que pase. Un niño puede hacer algo malo sin querer; pero nunca debe ocultar sus faltas o mentir.

Diez minutos más tarde, sale la señorita Margarita. Viene acicalada, con sus rizos peinados y con un bonito sombrero de paja italiano adornado con cintas de color crema y una pluma de avestruz. Su pequeño vestido es ligero, con brazos y piernas descubiertos, todo bordado y adornado con un cinturón en seda color crema y está calzada con unos preciosos zapatos. Sostiene en una mano su aro y su balde, y su pala en la otra.

Fina, que la acompaña, también está muy elegante, con su largo abrigo de niñera y su gorro adornado con cintas grandes que le caen sobre los talones.

Se van para Luxemburgo.

Este hermoso jardín es el sitio de su diaria caminata, mientras esperan que papá decida cuando irán a vivir a la villa que la familia tiene en Étretat, en la playa, junto al mar.

— Voy a hacer algunas visitas, — dijo mamá. Pórtate bien, mi niña y pásala bien. Nos veremos alrededor de las cinco en punto…

¡Qué día tan maravilloso!

El sol se ha vestido con sus rayos más ricos y brilla en un cielo muy puro.

La savia se eleva y revientan los brotes resinosos en ramos verdes y hermosas flores blancas en las copas más altas de los castaños gigantes.

En el suelo crecen las flores, verbenas de tintes violetas; margaritas con

sus coronas de pétalos, la condesa de nuestros jardines; heliotropos con aromas sutiles; geranios rojos como las brasas incandescentes cuyas corolas parecen arder en la alfombra verde del césped.

¡Ah! El sol hermoso y bueno que conforta y trae claridad a los ojos, color a las mejillas, sonrisas a los labios y alegría al corazón.

Los pájaros cantan en todas partes, en el follaje, en los matorrales, en el césped.

Las palomas, con plumaje gris hierro de exquisita delicadeza, vuelan de dos en dos, pesadamente cuando planean; ligeras y rápidas como una flecha cuando giran con las alas extendidas.

Animadas, las golondrinas van y vienen, viendo las moscas doradas que se persiguen y parecen bailar zumbando al sol.

De los grandes estanques brotan chorros de agua que caen en un polvo blanco que refresca la atmósfera.

Al fondo de este decorado se perfila el palacio, como en un ligero vapor, frente al enorme Panteón donde reposa Víctor Hugo.

¡Recuerden el nombre de este gran poeta, mis queridos niños; sus obras son conocidas en todo el universo y constituyen una de las glorias más grandes y puras de nuestro país…!

La multitud se aglomera en las calles: viejos a los que la primavera revive y que vienen aquí para escuchar los cantos de los pájaros o la alegre

algarabía de los niños y niñas como ustedes; madres atentas que siguen sus juegos; doncellas robustas, alegres, engalanadas, procedentes de las provincias más bellas de Francia, que al igual que Josefina, velan por su seguridad mientas juegan.

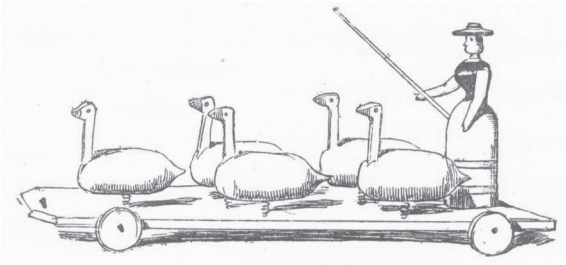
Miren pasar a un viejo guardia con su hermoso uniforme donde luce la cruz con la cinta roja, del color de la sangre que derramó por su patria.

Fue herido en Reichschoffen, y si se apoya en su bastón, es porque todavía se resiente de la herida.

Ese hombre joven cuyo largo y descuidado cabello cubre el cuello de su levita negra bien cerrada, cuyo sombrero de seda rojo se ve desgastado, y sus zapatos rotos y gastados dan pena, es un estudiante.

Su rostro es pálido, sus grandes ojos, oscuros y profundos, brillan... Fíjense en su elegante perfil que recuerda una medalla, ¡tal vez algún día sea uno de nuestros aclamados poetas!

Camina, va, viene, sueña y, a veces, se detiene para ver el techo griego del Odeón, donde, en unos veinte años, tal vez se interprete alguna tragedia, cuyas escenas prepara desde ahora con amor...



El Paseo

Apenas entran al jardín la señorita Margarita se descontrola.

Está loca por salir a jugar.

Es como si se le metiera el diablo en el cuerpo y entonces, solo piensa en hacer travesuras con sus amigos que ya parlotean y corren delante de ella.

Es tanta su alegría y su entusiasmo que Fina no puede contenerla. ¡Y finalmente se le escapa...!

Se lanza el aro, y empieza a rodar... ¡Toc! ¡Toc! ¡Toc! El palo sube y baja locamente sobre el aro que describe las curvas más fantásticas.

¡Qué arabescos caprichosos! Atraviesa las piernas de los caminantes, cepilla las faldas, se inclina, se va a caer, se levanta, comienza de nuevo... ¡Toc! ¡Toc! ¡Toc! ¡La señorita Margarita ya está muy lejos! ...

Fina la pierde de vista y se preocupa, la llama, comienza a correr, pesadamente, porque ya está demasiado gorda y el corsé le aprieta.

— ¡Margarita! ¡Margarita! ¿Dónde estás? Vuelve, no seas maldita... ¡Uf! ¡Margarita...! ¡Uf! ¡Pequeña diablilla! ¡Uf! ¡Uf!

Fina está al borde del colapso; pregunta a los transeúntes; se siente atormentada y finalmente como una loca: ¡se pone a llorar!

De repente, una carcajada alegre y ruidosa la saca de su sobresalto.

Es la señorita Margarita que se burla de la pobre borgoñesa.

— ¡Oh! ¡Niña mala! ¡Y haciéndome burlas!

El susto termina en risas; pero por si acaso Fina toma de nuevo la mano de Margarita y esta vez si la sostiene con fuerza.

Reanudan el interrumpido paseo.

Se encaminan hacia el sitio donde la madre vendrá a encontrarse con su hija a las cinco en punto.

Margarita está molesta por sentirse dependiente y por haber perdido su libertad; y se niega a caminar; Fina –siempre paciente– tiene casi que arrastrarla para moverla.

— ¡Camina niña! ¡Uf! ¡Qué calor hace...! ¡Ya tengo bastante con sostenerme a mi misma!

La señorita Margarita no responde. Hace un puchero y se encierra en una silenciosa dignidad.

— ¡Vaya! ¡Hemos llegado!

El lugar fue muy bien elegido, entre otros veinte, por mamá.

Es un sitio sombreado, sin mucha humedad; no es demasiado bullicioso...

Además, está muy cerca del Guignol, y esa noche, cuando la excelente música de la Guardia Republicana empiece a sonar, no se perderán nada de sus hermosas canciones.

Fina toma dos sillas y se sientan.

— ¡Uf! ¡Ya era hora! Estoy demasiado cansada: ¡estos calores me dejan sin aliento!

La señorita Margarita se sentó muy seria junto a su doncella, con un brazo apoyado en el respaldo de la silla y las manos entrelazadas.

Se siente humillada por el control de Fina y en consecuencia permanecerá sentada y se negará a jugar. ¡Ya verán!

Su decisión es firme, no jugará a nada. Así demostrará que sabe cómo comportarse, que es una niña grande y que no necesita tanta vigilancia.

Frente a ella se sienta una gorda dama provinciana adornada como un relicario y con ropas ricas de estilo rococó, que se mantiene muy tiesa para no arrugar su lujosa vestimenta.

La señorita Margarita la encuentra muy digna, adopta su actitud y en su adorable y traviesa rebeldía parece posar frente a la lente de un fotógrafo.

— ¿Entonces no vas a jugar?

— ¡No!

— ¿La señorita está muy enojada?

— Muy "enojadísima".

Entretanto, un pequeño hombrecito, no más alto que ella, pasa y por

unos momentos se queda mirando de frente a la silla donde la señorita hace por verse como una gruñona archiduquesa.

Se ve un niño muy agradable tiene un peinado muy divertido, adornado con un pompón rojo.

Mira hacia el suelo, donde están el cubo y la pala de Margarita, y es claro que le gustaría jugar con ella "haciendo pasteles".

Solo que no se atreve a hablar con una joven que tiene esos grandes aires.

Entonces se aleja, regresa, se acerca, mira hacia abajo, se aleja de nuevo, da una gran vuelta, con las manos detrás de la espalda, pensativo, buscando la manera de acercarse a esta niña de aspecto tan imponente... regresa de nuevo, y finalmente se le para delante, tímido, todo rojo, con un dedo en la boca:

—"Señoñita..." ¿quiere jugar conmigo?

La señorita que ha observado todas sus maniobras, duda. Como ha dicho que no jugará, no quiere ceder por miedo a las burlas de Fina, quien al ver sus dudas le dice:

— ¡Vamos juega! ¡El pequeño "señoñito" es tan agradable!

Con un salto, Margarita está en el suelo; agarra la pala y el cubo y luego, toma a su nuevo amigo de la mano:

— ¿Cómo te llamas?

— ¡Henri!

— Es un nombre bonito, ¡quiero jugar contigo!

—Entonces, mis queridos niños, ¡empieza el juego!

¡Primero hicieron pasteles; luego canales; luego pequeñas casas, castillos, torres y fortificaciones!

¡Los transeúntes pasan con mucho cuidado para no estropear el trabajo de estos "arquitectos" que apenas suman seis años entre los dos!

Naturalmente, conociendo el temperamento de Margarita es ella quien dirige los juegos:

— Soy "la arquitectica", ¿entiendes, Henri? ¿Tú eres el albañil?

— ¿Albañil?... ¡Si!

— ¡Tu trabaja...! Y yo te vigilaré. Debes decirme, "Señon arquitectico, ¿puede venir a ver?"

—"Señoñita... ¿puede venir a ver?

La niña adquiere un aire serio que se adapta perfectamente a su importante papel.

Inspecciona el trabajo, regaña al albañil que la escucha ¡deslumbrado por tanta elocuencia!

Pero pronto la señorita se cansa de un papel tan poco activo.

Se le ocurre que sería más entretenido el papel del albañil.

Solo que Henri no está de acuerdo en abandonar la pala: sus deberes como albañil le vienen muy bien para seguir jugando...

— ¡Pero tú eres la "arquitectica"!

— ¡Devuélveme mi pala!

— ¡Pero yo soy el albañil!

Comienza una discusión…

Margarita toma su pala de nuevo y Henri se aleja furioso.

— "¡Ya no soy más el amigo tuyo!" — dijo desde lejos.

Y se fue enfurruñado.

¡La señorita Margarita no está dispuesta a hacer concesiones!

A partir de ahora, jugará sola.

De repente se detiene; se levanta; corre hacia Fina, y le susurra algo al oído.

Fina se levanta y desaparece con ella detrás de un árbol. ¡Vaya misterio!

Cuando regresan, Fina sube los pantalones de la niña... La naturaleza tiene sus derechos:

¡Y el guardia que vigila las barreras del Louvre
No defiende a nuestros reyes...!

El calor es menos ahora. El sol ya está descendiendo hacia el poniente y sus oblicuos rayos doran los grandes árboles, las estatuas de las reinas de Francia, el palacio, la fuente de los Médici, la cúpula del Panteón.

La multitud ha crecido reunida alrededor de la rotonda donde pronto los músicos de la Guardia Republicana tomarán sus lugares.

— ¿Margarita?

— ¡Es mamá! ¡Qué alegría!

La hija y la madre, hermosísima en su vestido claro, su sombrero ligeramente adornado con flores y su manto cubierto con piedras brillantes y encajes, se abrazan y se besan tiernamente.

Mamá no podía esperar más para ver a su querida hija otra vez; así que acabó rápido sus visitas y llega justo a tiempo para escuchar la música.

Antes de regresar a la casa, se detuvieron en el Guiñol, porque Polichinela golpeando al comisionado hace muy feliz a Margarita que adora el teatro desde que la llevaron al Castillito por la mañana a ver *Los siete castillos del diablo.*

Pero ya es hora de regresar a casa para la cena.

— ¡Vámonos!

Se detienen nuevamente para mirar al encantador que está literalmente envuelto en una nube alada.Todos se aprietan silenciosamente a su alrededor. Gorriones y palomas vienen a comer de su mano.

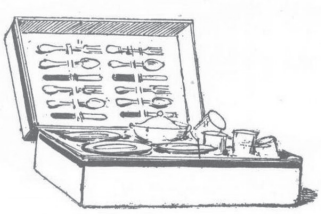
— Fina, ¿el hombre puso sal en sus colas? —pregunta Margarita en medio del silencio.

Todos escucharon la pregunta.

Rieron y los pájaros asustados se alejaron volando a pocos pasos...; volverán pronto...

La señorita Margarita, sin embargo, parecía estar pensando en otra cosa...

Arrancó del césped un pequeño mechón de hierba que escondió en su bolsillo, sin decir una palabra.



La Merienda — Los Regalos

La niña tiene hambre.

Tanto ejercicio al aire libre le abrió el apetito.

Muy dispuesta se dirige al comedor tan pronto como se quita el sombrero y deja sus juguetes.

El comedor es una sala grande adornada con tapices magníficos y lisos, amueblada con un aparador alto con paneles finamente tallados, una mesa cuadrada y doce sillas de cuero; todo al estilo de Enrique II.

El gran ventanal, ancho y alto, está cubierto por magníficos vitrales antiguos.

Las macetas de cobre, abombadas, cinceladas y llenas de verdes plantas, brillan en el claroscuro del comedor.

— ¡Ya es tarde, así que sólo comerás una pequeña tostada! — le dice Josefina.

— ¿Por qué? ¡Yo quiero una tostada grande!

— ¡Si comes mucho ahora, después no vas a cenar!

La niña tuvo que conformarse con la mitad de un panecillo al cual Fina untó un poco de mermelada de grosella.

La señorita Margarita mordisquea solo el lado del pan donde Josefina ha puesto mermelada y ofrece generosamente el resto a Minet, que lo huele, y, al no encontrarlo de su gusto, se aleja con desdén.

— ¿Qué vas a tomar?

Fina llena de agua un vaso grande de cristal tallado, vierte en él unas gotas de vino y se lo da a Margarita, que trata de tomarlo sola, como la niña grande que es.

— ¡No! ¡Lo romperás!

Pero Josefina, demasiado complaciente, se deja convencer. Margarita está orgullosa y encantada. Se ríe, bebe, gorgotea y se derrama el líquido sobre el vestido.

Cuando Josefina enojada quiere tomar el vaso, la niña se da la vuelta y escapa muerta de la risa... ¡Crac!

El vaso cae y se rompe.

— ¡Vaya! ¡Te lo dije!

— ¡No me importa!

— ¡Escucha esto!

— Mamá lo dijo el otro día: un cristal blanco roto trae buena suerte, ¿qué te parece?

Fina queda completamente desarmada, casi conmovida.

¿Qué responder ante tales comentarios?

Nunca había visto una niña tan pequeña con tales argumentos.

¡Son las seis en punto!

Papá, que había ido a visitar al comerciante de arte, ha regresado:

— ¡Te trajo una cosita! — le dijo Fina en voz baja. ¡Es una sorpresa!

La señorita Margarita se sonrojó de alegría.

— ¡No digas nada, quédate calladita!

— ¡Silencio! dice la niña, golpeando el aire con sus manitas e hinchando las mejillas.

Y siguiendo el juego toma a Fanchon, pone cara de inocente, se dirige a la sala de estar y se desliza detrás del sillón, donde papá está leyendo el periódico de la tarde.

— ¡Hola papá!

Papá se levanta, besa a su hija, la carga, la pone sobre su hombro y la hace jugar a las escondidas con Fanchon.

Entonces estalla la risa.

¿Pero qué le trajo papá a la niña?

¿Por qué nadie habla de eso?

De repente aparece mamá.

La criada la sigue, sosteniendo dos grandes paquetes.

¡Qué bien! ¡Esa es la sorpresa!

La criada coloca los paquetes en la alfombra y se retira.

Papá sonríe.

Mamá está muy seria.

— Hija mía — dijo y su voz temblaba un poco — Un día como hoy, hace cuatro años y a esta misma hora, llegaste a este mundo. —

— ¡Ya tengo cuatro años! ¡Qué maravilla! ¡Soy una niña grande!

—Y para esta ocasión, ¡aquí está el regalo de papá y aquí está el de mamá!

— ¡Qué alegría!

Mientras la señorita Margarita, arrebatada, rompe ansiosa el papel que envuelve uno de los regalos, la madre se acerca al padre que la atrae suavemente sobre su pecho, le toma la mano y le da un abrazo muy tierno; un gesto de amor con el cual le agradece haber traído al mundo a esa pequeña personita, en la que se sienten revivir.

¡Es un momento de dulce emoción y ambos están profundamente conmovidos!

¡Cuatro años! ¡Cuatro años ya!

Y dos lágrimas corren por el borde de las pestañas de mamá...

—¡Un caballo! ¡Tengo un caballo! Fina, papá me regaló un caballo. ¡Ven a verlo! ¡Ven a verlo, rápido, rápido!

Inmediatamente se sienta a horcajadas sobre el animal.

—¡Arre! ¡Arre, caballito, arre!

¡Oh! ¡Qué hermoso caballo…! Lo llamaré...

— ¡Roussot! — dijo Fina... ¡Ese es el nombre que le pusimos al caballo de mi padre!

— ¿Entonces tu papá tenía un caballo?

— ¡Por supuesto!

— ¡Estoy segura de que no era tan bonito como el mío…!

Pero ya Margarita se desmonta de Roussot…

Lo cual se entiende, porque no puede esperar para ver qué hay en el otro paquete de regalo.

— ¡Una oveja! ¡Fina, una oveja grande! Una oveja tan grande como yo, con lana fina, cuernos dorados, un

collar con un cascabel y ruedas en los pies.

— ¡Es un carnero! — dijo Fina.

— Un carnero, eso no es cierto, ¡es una oveja! ¡Tiene lana! ¡Es una oveja de verdad! ¡No es como Frisé!

Y al decir esto se queda pensando.

— «¡Mmmm, Frisé, ese será su hijito!»

Entonces se queda un instante callada y dice:

— ¿Ya veré yo si es una oveja?

— ¿Cómo?

— Me dijiste esta mañana que las ovejas comen hierba; ¿no es cierto?

— ¿Si, y…?

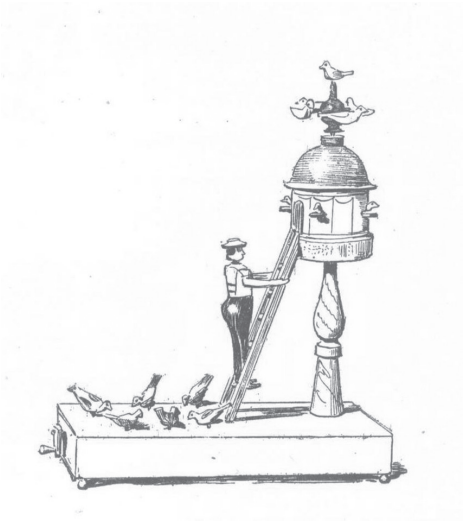
La niña saca de su bolsillo el montón de hierba que había recogido en los jardines de Luxemburgo.

— ¡Come, pequeñito, come! ¡Está muy rica y muy fresca, come!

Y coloca la hierba en la boca de madera del carnero.

—Tal vez tengas razón, Fina. ¡No, no es una oveja porque no se comió la hierba! — Entonces da por terminado el incidente declarando que la oveja, que no es una oveja, se llamará Blanc-Blanc.

— ¡Señora la mesa está servida! — dijo el mayordomo abriendo de par en par las puertas del bien iluminado comedor, donde la mesa se ve deslumbrante por el brillo del cristal de la vajilla y la plata de los cubiertos, bajo la luz de las lámparas suspendidas en sus brazos de cobre.



A la Mesa

Papá, radiante, le ofrece el brazo a mamá.

La señorita Margarita acaricia a Roussot, que ha dejado "en el establo" en la sala de estar y tomando a Blanc-Blanc en sus brazos, lo lleva, no sin dificultad, y lo instala en el comedor al lado de su gran silla.

Turco quien tiene el derecho de estancia en el comedor, se percata de la presencia de Blanc-Blanc; lo mira por un momento con sorpresa, incluso con cierta inquietud, lo huele y rápidamente ocupa su lugar al otro lado de la silla.

Primero le sirven a la señorita Margarita.

Con la cuchara en la mano, la niña sopla su sopa, un riquísimo consomé, que come con mucho cuidado: una niña grande de cuatro años no debe derramar la sopa sobre la servilleta.

Entonces sirven un hermoso pollo asado, todo dorado.

Margarita, recibe en su plato un trozo de carne limpia blanca que mamá corta con cuidado en pequeños trocitos.

Entretanto, el mayordomo, muy correcto con su abrigo negro y muy digno con su corbata blanca y sus largas patillas, presenta a la madre, en bandeja de plata, un pequeño paquete misterioso.

— ¡Acaba de llegar esto para la señora!

— ¿Para mí? La madre está sorprendida... ¿De parte de quién?

— ¡Nadie dice nada!

— ¿No es esto muy extraño?

Papá sonríe con picardía mientras mamá, con la ayuda de su pequeña hija que se suma inmediatamente a la tarea, rompe el papel envuelto en una hermosa caja de felpa gris perla.

La caja contiene una bellísima pulsera.

La madre entiende ahora. Es el regalo de papá con motivo de un acontecimiento muy importante: su aniversario...

¡Qué bueno eres! ¡Cómo te lo agradezco!

¡Qué agradable sorpresa!

Margarita, muy atenta, con el tenedor en el aire y un dedo en la boca, mira sorprendida y deslumbrada el brazalete que papá coloca en la muñeca de mamá.

La comida continúa.

Pero tantas emociones han alterado a la niña que bebe tres veces seguidas; esta vez, con la ayuda de mamá, para no correr el riesgo de que se rompa, como ocurrió con el vaso de cristal, la copa bermellón del juego que papá le regaló en su segundo aniversario.

Mientras tanto, aparece Turco buscando a derecha e izquierda que alguien le de algo.

Todos están celebrando en la pequeña familia y Margarita le da un gran trozo de su asado. Está muy bien que él tenga su parte de la alegría general.

Suena el reloj indicando que son las ocho en punto.

La bulliciosa Margarita está ahora más tranquila, menos ruidosa, en silencio y casi inmóvil...

— ¡Oh! ¡Oh! dice el padre... ¡Cuidado con el hombre de la arena!

¿Pero qué dice?

La niña grande no está durmiendo. ¡Claro que no...!

Ella aún no está dormida, es cierto; pero que lucha contra el sueño, ¡salta a la vista!

Sus párpados están pesados y a punto de cerrarse...

Pero...¿por qué no acaban de cerrarse?

Mamá lo adivina:

Hay allí, en una taza, una pirámide de grandes cerezas, tentadoramente dispuestas en un papel de encaje.

¡Oh! ¡Las hermosas cerezas! ¡Qué apetitosas se ven!

Al verlas, la boca se hace agua.

—¡Pobrecita! — dice mamá.

La madre toma un puñado de las sabrosas frutas; se lo da a la niña que, ya medio dormida, lo mira con ojos golosos entrecerrados.

Nada es más divertido que ver la lucha entre la glotonería y el sueño.

¿Cuál de las dos triunfará?

¡La glotonería, por supuesto!

La última cereza se ha ido y con ella los ojos de Margarita se cierran.

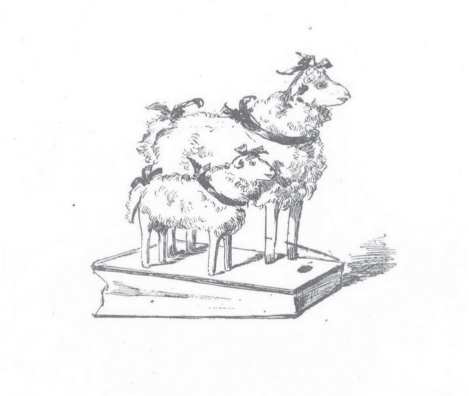
Su linda cabecita de cabello rubio se inclina hacia la derecha, luego hacia la izquierda, luego hacia atrás, finalmente hacia adelante y cae de repente sobre los brazos pequeños y suaves de su madre, que son para ella el más delicado cojín.

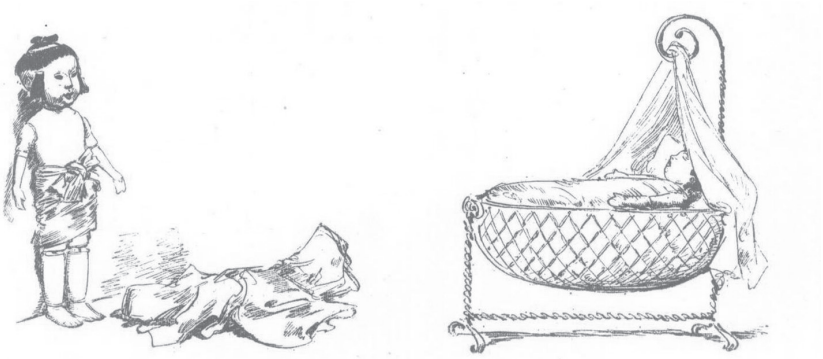
La madre llama y Fina aparece de inmediato.

— ¡Pobre pequeña! ¡Estaba tan cansada! ¡Demasiado juego para un día!

— Cárgala, Josefina. Me reuniré contigo en un momento.

La amable criada toma delicadamente a la pequeña en sus brazos y se la lleva dormida.





A Dormir — Buenas Noches, Bebé

En el cuarto llega la hora de desvestirse para ir a la cama. Una tarea nada fácil porque la niña soñolienta no está con el mejor humor.

— ¿Puedo dormir con Roussot esta noche?

— ¡Es muy grande! ¡Duerme con Fanchon!

— Ya no quiero más a Fanchon. ¡Entonces me darás a Blanc-Blanc!

— ¡Blanc-Blanc es más grande que Roussot! ¡Te daré a Bob o a Frisé!

— ¡No! ¡Quiero a Blanc-Blanc! ¡Quiero a Blanc-Blanc! ¡Si! ¡Si! ¡Si!

— ¡Oh! ¡Qué cosa más fea llorar así, a tu edad: una niña grande que ya tiene cuatro años! ¡Yo no te quiero así!

Josefina, que también está muy cansada, se prepara para el último aseo

de Margarita quien desnuda deberá pasar nuevamente por la gimnasia de limpieza a que la obligan sin piedad cada mañana.

¡Se acabó!

— ¡No quieres que Blanc-Blanc duerma conmigo!

— No. ¡Te digo que es demasiado grande!

— Entonces quiero a Fanchon y a Midas.

Midas, un pequeño potro que lleva dos cestas en la grupa, es uno de los muchos animales que componen la colección de cartón de Margarita.

Fue su papá quien lo bautizó así el día que contó a su hija la leyenda del rey Midas, que tenía orejas de burro.

Margarita ya lleva una blusa sencilla, tiene el cabello suelto y las piernas desnudas, cuando aparece mamá.

— ¡Buenas noches, hija mía! dice mientras se sienta. ¡Ven y dame un abrazo!

La madre pone a Margarita su grandísimo camisón de dormir, que la envuelve del cuello a los pies y le da el aire de una monjita.

— Di tu oración, hija mía; con mucha devoción. La niña, arrodillada sobre las faldas de mamá, une sus manos y fervientemente dice con voz suave:

—Dios mío..., ¡mantén a papá sano..., a mamá y a toda la familia!

¡BUENAS NOCHES, BEBÉ!

— ¡Que así sea! dijo Josefina, quien cada tarde la acompañaba en su rezo.

— ¡A la cama!

Margarita recupera su muñeca:

— ¡Ven, mi Fanchonnette, ven a dormir con mamita. Pórtate bien. ¡Vamos mi hijita querida!

Un momento después, nuestra pequeña heroína descansa en la blanca cuna que mamá ha arreglado para ella.

Fanchon reposa sobre el brazo derecho de la linda criatura cuyo cabello está esparcido sobre la almohada formando una especie de halo dorado.

Josefina toma la lámpara y la coloca sobre un mueble, desde donde arroja una luz débil y suave a la habitación.

— ¡A la cama, mi niña linda...! ¡A dormir...! ¡Te amo...!

— ¡Bue...nas... noches...ma... mamá!

— ¡Buenas noches, hija mía! ¡Buenas noches, mi adorada hija...! ¡Buenas noches!

Se hace el silencio.

Margarita cierra los ojos...

Mamá la mira conmovida y sonriente...

¡La niña está durmiendo!

Un ligero aliento escapa regular y suavemente de su pecho…

En sus labios se dibuja una sonrisa adorable, reflejo de la inocencia de su alma infantil que imagina hermosos ángeles con vestidos blancos que revoloteando a su alrededor con las alas extendidas, vienen a llevarla a la dulce tierra de los sueños...

Contenido

El despertar — Buenos días, mamá — A levantarse 1

El aseo de la mañana 9

El desayuno — El gato amigo 15

El baño — En la bañera — A descansar 21

La lectura — El dibujo — El piano 29

Segundo aseo — Peraparativos de salida 39

El paseo 47

La merienda — Los regalos 55

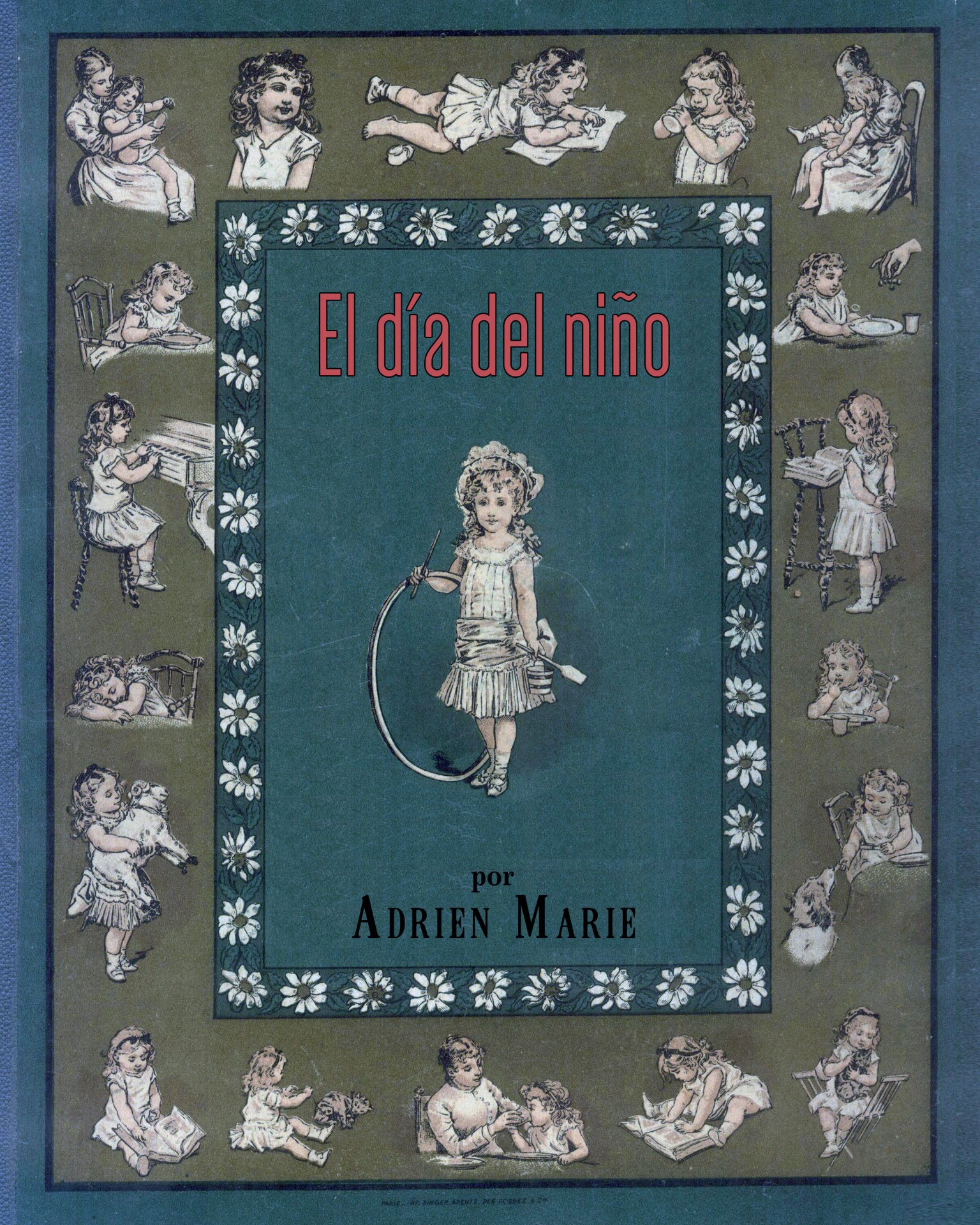
A la mesa 61

A dormir — Buenas noches, Bebé 67

Esta primera edición de:
El día del niño fue puesta *en línea* en abril del año 2021
por la editorial de la Fundación Cultural Enrique Loynaz,
Santo Domingo, República Dominicana

FUNDACIÓN
CULTURAL
Enrique
Loynaz

ISBN: 978-9945-9286-0-0
9 789945 928600



PARIS — IMP. SINGER, ARENTS, DEF FOSSEZ & Cie